

intimaciones de rigor. Todo indicaba que se quería terminar el conflicto aquel día, y que en caso necesario no se dudaría en dar la batalla. Los directores populares se dieron por avisados y no se dejaron ver. La multitud acudió sin embargo al Campo de Marte para consignar por última vez su protesta; uno de los comisionados para redactarla era un tal Vichaux, de Neufchatel. Ya se ha visto por el asunto de Chateuvieux, que los naturales de la Suiza francesa, esclavos de los alemanes, estaban con frecuencia en la vanguardia de nuestra Revolución; tenían puesta en ella la esperanza de su propia redención; la Sociedad helvética de los suizos establecidos en París tomaba una parte activa en los grandes movimientos populares.

El escribir era cosa fácil; lo difícil era hacer llegar la petición á la Asamblea. La multitud encontró á Bailly en la plaza de Vendome. El buen hombre, de gran uniforme, con la faja tricolor, estaba allí como un general en medio de las masas armadas. A él se le debía el que la Asamblea, muy decidida aquel día, presidida entonces por un joven coronel, Carlos Lameth, desplegase aquel aparato de fuerza. El sabio, el académico, el hombre eminentemente pacífico, veíase obligado, ya en el ocaso de su vida, á ser el héroe involuntario de aquella guerra próxima á estallar entre ciudadanos. Confiado, ansioso de popularidad, débil por el recuerdo del 89 y deseando siempre ser querido, no era de ningún modo hombre á propósito para convertirse en jefe de oposición. Parlamentan con él, le dicen que desean hablar únicamente con Petión y Robespierre. Se resiste algo, cede y por último permite que pasen seis hombres nada más. Avisados los dos diputados salen al encuentro de los Fuldenses; pero, les dicen, ya es tarde: ya se ha votado.

La multitud irritada refluye desde la Asamblea por todo París, y cierra los teatros en señal de duelo. Tan solo se negó á cerrar la Opera y dió función protegida por las bayonetas. En otro teatro, el comisario de policía en persona rogó que se cerrara, temiendo una colisión. La autoridad estaba indecisa, poco acorde consigo misma; Lafayette hubiera obrado, pero no podía hacerlo sin autorización del poder municipal, y Bailly no quería hacerse responsable de nada. Había sido detenido Virchaux, uno de los directores del Campo de Marte, á la puerta de la Asamblea; reclamó á Bailly, que había permitido la entrada y le hizo poner en libertad, pero fué arrestado de nuevo por la noche.

Una salida les quedaba á los republicanos y á los orleanistas. La Asamblea no había decidido nada acerca de Luis XVI; había votado medidas preventivas contra una deserción posible del rey. Quedaba por resolver la cuestión personal. Esta fué resuelta por la noche, en los Jacobinos, por Laclos, Robespierre y otros. El hombre de confianza del duque de Orleans, Laclos, que presidía aquel día, propuso que se redactara en París y en toda Francia una petición para la caducidad. «Yo respondo de que habrá, decía, diez millones de firmas; haremos que firmen hasta las mujeres y los niños.» Bien sabía que por lo general las

mujeres eran partidarias de un rey y que no firmarían contra Luis XVI sino en provecho de un nuevo rey.

Danton lo apoyó, y Robespierre también, pero sin que firmasen las mujeres. Prefería á aquella gran petición de todo el pueblo, una moción exclusivamente jacobina, dirigida á las sociedades afiliadas... Entretanto se produce un gran tumulto; una avalancha de gente invade la sala: Madama Roland, que vió esta escena desde la tribuna, dice que eran los charlatanes ordinarios del Palais Royal, con una turba de mujerzuelas, probablemente una farsa ideada por los orleanistas para secundar mejor á Laclos. Aquella multitud tomó, sin cumplimiento, asiento entre las filas de los Jacobinos para deliberar con ellos. Laclos sube á la tribuna: «Ya veis, dice, es el pueblo; he aquí al pueblo; la petición es necesaria.» Se acordó que al día siguiente á las once, reunidos los Jacobinos, darían lectura á la petición, que sería luego llevada al Campo de Marte, donde firmarían todos y enviada después á todas las sociedades afiliadas, para que firmasen á su vez.

Es media noche y se retiran por la calle de Saint-Honoré. Quedan solos los comisionados encargados de la redacción: Danton, Laclos y Brissot. Danton se retira también y quedan frente á frente Laclos y Brissot, es decir, el orleanismo y la república. Laclos, pretextando un dolor de cabeza, cede la pluma á Brissot, que la acepta sin vacilar.

En este documento fuerte y enérgico, el hábil redactor pone de relieve los dos puntos de la cuestión: 1.º el silencio tímido de la Asamblea que no se atreve á decidir respecto al individuo real; 2.º su abdicación de hecho (así lo juzgó la Asamblea, puesto que le suspendió y le arrestó); por fin la necesidad de *proveer á su reemplazo*... Al llegar aquí, Laclos, saliendo de su estado de somnolencia, detiene un momento la rápida pluma: «La sociedad de los amigos de la Constitución firmará si se añaden cuatro palabras sin importancia: reemplazo por todos los medios constitucionales.»—¿Estos medios cuáles eran sino la regencia, el delfín con un regente? Y estando fuera de Francia los hermanos del rey, el regente constitucional era el duque de Orleans. De este modo ideaba Laclos in cluir implícitamente á su señor en la petición.

Brissot, sea por ligereza ó por debilidad, escribió lo que Laclos quería. Acaso el atrevido redactor no sentía atenuar su responsabilidad con la palabra *constitucionales*, que legalizaba la situación y alejaba las persecuciones.

Crucemos ahora la calle de Saint-Honoré, y veamos como, casi enfrente, los directores de la Asamblea, los realistas constitucionales, reunidos con los Fuldenses en las oficinas de los comités, empleaban la noche por su parte.

Acuerdan dos resoluciones:

Una, que Duport y los Lameth tenían hace tiempo en proyecto, consistía en no atravesar la calle para ir á los Jacobinos, quedándose en los Fuldenses, á la sombra de la Asamblea, formando con la masa de

diputados de que disponen, un nuevo club de los Amigos de la Constitución, club escogido, donde no se entrará sin papeleta y en donde no se recibirá más que á los electores. ¿Quiénes quedarán en los Jacobinos? Cinco ó seis diputados acaso, la turba de los nuevos miembros, los intrusos, una banda de habladores, al nivel de los que invadieron la sala la noche anterior.

Y la otra resolución era sacar de su estupor á los poderes públicos, poniendo al alcalde de París en la alternativa de demostrar si estaba con la Asamblea ó con el populacho, amonestándole severamente por su vacilación y su debilidad de la víspera, haciendo también responsables á los ministros y á los acusadores públicos. La Asamblea tenía ya á Lafayette, con la espada inmóvil en la vaina; por este reproche y este llamamiento á los magistrados y al poder municipal, iba á desenvainar la espada...

Era ya muy vieja la Asamblea para demostrar aquel ardimiento; vieja por los años y por los acontecimientos, sin fuerza en la opinión. Compuesta abigarradamente al capricho de instituciones góticas, nacida en gran parte de aquella edad media que ella había destruido, llevaba en sí misma una contradicción intrínseca que hacía dudar siempre de la legalidad de sus actos. Enemiga del privilegio, era sin embargo, al menos por la mitad de sus miembros, hija del privilegio. Trescientos de aquellos privilegiados que habían protestado por el rey al mismo tiempo que Bouillé, tenían todavía en ella su asiento. Una Asamblea así formada y que contaba en su seno aquellos amigos del enemigo, ¿podía ser la pura y elevada imagen de la ley, ante la cual debía inclinarse el pueblo bajo pena de muerte?

Había audacia, imprudencia, desprecio de la opinión en pasar así de las palabras á los hechos. En el fondo de todo esto se agitaban violentas pasiones: la mortificación de las vanidades por parte de Duport, Lameth y los constitucionales; por parte de Barnave y de los demás (á los que halagaba la esperanza de poseer la confianza de la reina), una ambición romántica, algunas ideas juveniles que el hombre más frío no acalla jamás á los veintiocho años. Estos hombres, que se diferenciaban tanto por las formas de los de la Convención, se preocupaban por la misma idea, que mata todos los escrúpulos: «La necesidad del Estado, la salvación pública.»—Y esta otra idea, hija del orgullo: «El derecho está en nosotros.»

Por la mañana (el 16 de Julio) Petion con los demás, al llegar á los Jacobinos para leer la petición, encuentra la sala casi vacía; no había más que cinco ó seis diputados; todos se han quedado en los Fuldenses. Petion corrè á buscarlos y «hace lo imposible», asimismo lo dice, para que vuelvan; llega hasta humillarse: «Aun cuando la sociedad tuviera alguna culpa, ¿sería esta ocasión para abandonarla?» Pero no se dignan oírle. Ve, no sin inquietud, que se está preparando un manifiesto para anunciar en toda Francia á las sociedades afiliadas que

los Amigos de la Constitución se reúnan ahora en los Fuldenses.

Para aterrorizar á París era preciso primero que la Asamblea amedrentara á la municipalidad. Únicamente con palabras fuertes podrían despertarla del sopor de la víspera. Dandrè la acusó acremente por haber presenciado cómo se violaban las leyes y haberlo tolerado. Pidió y obtuvo que se enviase á la barra á la municipalidad, á los ministros y á los seis acusadores públicos, exigiéndoles responsabilidad. Algunos miembros, guiados por la pasión que les dominaba, iban á desviar la cólera de la Asamblea contra Prieur ó Robespierre. Dandrè, con firmeza y presencia de ánimo, no les permitió que empleasen su ardor en aquellas acusaciones individuales. Les encaminó hacia las medidas generales y les hizo votar. El presidente (era Carlos Lameth) dirigió palabras imperiosas y severas á Bailly y á los concejales. Por la noche fueron igualmente amonestados los ministros y los acusadores públicos. Se recomendó especialmente que vigilasen, y en caso de necesidad que detuvieran á los extranjeros.

Entretanto ocurrían escenas violentas en París. En el Puente Nuevo, algunos hombres ó guardias asalariados, encontraron á Freron y faltó poco para que le mataran. Lo mismo sucedió con un personaje sospechoso, un inglés, maestro de italiano, llamado Rotondo, jefe conocido de todos los motines, que se encontraba en todas partes. Fué atropellado, golpeado y por añadidura preso.

Este pequeño terror se reflejó en la Asamblea en un accidente cómico. Vadier, diputado (demasiado conocido después), muy acre y muy violento, había pronunciado el 13 un discurso contra la inviolabilidad real. El 16 pronunció otro para declarar que detestaba el sistema republicano. Fué la irrisión de todos los partidos.

Se aprovechó aquel momento para leer á la Asamblea la moción, no recuerdo de qué ciudad de provincia, que atribuía los disturbios á las excitaciones de Robespierre y casi pedía su acusación.

¿Qué ocurría en el Campo de Marte?

La petición redactada por Brissot y Lacroix, leída en los Jacobinos sin auditorio, después de esperar en vano que aumentase la concurrencia, fué llevada por fin al altar de la patria. Se había colocado en el altar un cuadro representando el triunfo de Voltaire, y sobre el cuadro el cartel de los Franciscanos, el famoso juramento de Bruto. Llegan los Franciscanos conmovidos y ardientes. Después un grupo poco numeroso, los enviados de los Jacobinos; se lee su petición con la frase orleanista de Lacroix: Reemplazo por los medios constitucionales. Al principio pasó la frase sin tropiezo. Bonneville, de la *Boca de hierro*, llamó la atención y lo mismo hicieron los Franciscanos. «Se engaña al pueblo, dice Bonneville, con esa palabra constitucionales: ahí hay otra monarquía; no hacéis más que reemplazar uno por otro.»—Tened cuidado, decían los Jacobinos; el tiempo no ha madurado todavía la república.»—Por más que dijeron se procedió á votación, y la palabra constitucionales fué bo-

rrada. Se añadió que no se reconocería ya ni á Luis XVI ni á ningún otro rey. Y se acordó que al día siguiente, domingo, corregida en este sentido la petición, sería firmada por el pueblo en el altar.

Algunos, juzgando acertadamente que semejante declaración de guerra á la monarquía no pasaría sin tormenta, fueron de opinión de que se necesitaba conseguir en el Hotel de Ville una autorización para la reunión del día siguiente. En efecto, fueron varios á pedirla; Bonneville iba con ellos, y (según parece, en el camino) se hicieron acompañar por Camilo Desmoulins. En la alcaldía no encontraron más que al primer síndico, que no se atrevió á negarse, les dió buenas razones, pero ningún escrito, con lo que se dieron por satisfechos y se creyeron autorizados.

La jornada no había concluído todavía. La Asamblea se resistió aún; sin duda la enteraron de la autorización pedida en el Hotel de Ville y de la petición «para no reconocer á Luis XVI ni á ningún otro rey.» El día siguiente era domingo. Todo París, toda la población, conmovida desde el domingo anterior por tan repetidos acontecimientos, acudiría al Campo de Marte. El pueblo soberano iba á alzarse, como decían los periódicos, á mostrarse con toda su fuerza y majestad; si firmaba, ya no era una petición, era una orden la que daba á sus mandatarios.

En vano objetaría la Asamblea que el pueblo soberano de París no era, después de todo, el soberano de la Francia; á pesar de ello sería arrollado por la ola irresistible.

Estaba á tiempo para evitarlo, eran las nueve de la noche; podía prescindir de la distinción tras la que se parapetaban los Amigos de la Constitución: *La Asamblea no ha hablado expresamente de Luis XVI.* Desmeuniers reprodujo su proposición del día 14, en la que, bajo una forma rigurosa, dura para el rey, en realidad se le garantizaba, se le aseguraba el porvenir y la devolución de la autoridad real. Propuso y se votó que: «la suspensión del poder ejecutivo duraría hasta que el acta constitucional fuese presentada al rey y aceptada por él.»

Nada de ambigüedad. La cuestión está prejuzgada en favor de Luis XVI; no es de un rey posible; es de él, del rey de quien se trata. Este secreto cierra el círculo de la ley y no deja ninguna salida. Todo lo que se salga de este círculo puede ser perseguido legalmente.

Faltaba arreglar su ejecución. A las nueve y media de la noche, deciden el alcalde y el consejo municipal, en el Hotel de Ville, que el siguiente día, domingo 17 de Julio, á las ocho en punto, el decreto de la Asamblea impreso y fijado en las esquinas, sea promulgado á son de trompeta por los notables y alguaciles de la ciudad, convenientemente escoltados por fuerzas del ejército.

No es posible mandato más significativo ni más solemne. La autoridad habla al pueblo con la mayor claridad. ¡Desgraciados los que se obstinen en taparse los oídos!



CAPITULO XX

Matanza del Campo de Marte (17 de Julio del 91)

Los realistas necesitaban un motín. — Fatal travesura del Campo de Marte. — Asesinato en el Gros-Caillou — Tres partidos en el Campo de Marte. Petición republicana contra la Asamblea. — Es enarbolada la bandera roja. — Aspecto pacífico del Campo de Marte. — La guardia asalariada y los realistas hacen fuego sobre el pueblo. — La guardia nacional salva á los fugitivos.

Todos los decretos de la Asamblea no hubieran sido suficientes para levantar la majestad caída; se necesitaba un acto de fuerza que se la devolviese, haciéndola creer que era fuerte todavía. Esto no podía hacerse sin un motín, sin la victoria contra el motín. Los realistas en las Tullerías y los constitucionales en la Asamblea, lo deseaban ardientemente.

En cuanto se iniciase el motín, sería vencido. Además de la guardia nacional, cuerpo imponente de sesenta mil hombres, organizado y uniformado, tenía Lafayette un arma indefectible, la llamada tropa del centro, guardia nacional á sueldo, de más de nueve mil hombres, la mayoría antiguos guardias franceses, muchos de los cuales fueron luego oficiales y generales de la República y del imperio.

Pero precisamente porque el pueblo veía enfrente fuerzas tan temibles, se podía apostar que no habría motín. Los dogos bajaban la cabeza. El famoso cervecero Santerre, que por su voz, su estatura y su corpulencia, tenía tan gran influencia en el barrio de San Antonio, aceptó en los Jacobinos la humilde misión de ir á retirar la petición del Campo de Marte. Los grandes directores de los Franciscanos se mostraron más prudentes todavía. Comprendieron el alcance del último decreto, vieron perfectamente que los realistas necesitaban una algarada; los golpes que recibieron Freron y Rotondo les indicaron que serían poco escrupulosos en la elección de medios para provocarla, y desaparecieron, lo cual les ha sido echado en cara. Creo, sin embargo, que su presencia hubiera sido un pretexto de disputa y de combate; no hubieran dejado de decir